

este número a dar siempre noticia, a la espera de una amplia recensión en un número posterior, al igual que ocurrirá con el muy interesante libro del profesor Pietro Giuseppe Grasso, páginas adelante señalado, Danilo Castellano pretende mostrar y demostrar que la filosofía de la política no puede reducirse a un "puro juego de conceptos", sino que "debe tomar en cuenta la realidad", también la efectiva, pero, al no poder contentarse con ésta, habiendo de superarla, yendo más allá del dato político y acogiendo la verdad que nos permite fijar el deber ser. Tesis, pues, clásica, que liga profundamente *ser* y *deber ser*.

Para concluir la noticia, no puede dejar de anotarse la creciente relación del profesor Castellano, que se refleja en su obra, con España y aun las Españas. Si en el primero de sus libros, tres de los once ensayos fueron traducidos en castellano para estas páginas, después de haber visto la luz en el original italiano, en el siguiente nada menos que cinco de los diez se originaron en empeños intelectuales ligados con nuestra patria, publicados en español, y además otro fue traducido a nuestra lengua. En este último, finalmente, de los también diez textos, tres traen causa de empeños hispánicos, y otro se ha publicado traducido también en castellano. No es de extrañar, pues, que —con toda justicia— la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas lo haya elegido como uno de sus miembros correspondientes fuera de nuestras fronteras.

MIGUEL AYUSO

Édgar González Ruiz: LOS ABASCAL. CONSERVADORES A ULTRANZA (*)

Recientemente, acaba de publicarse en Méjico, por la Editorial Grijalbo, un libro de Édgar González Ruiz, cuyo eje central versa sobre la figura de Salvador Abascal Infante y algunos miembros de su familia. La obra, que lleva por título *Los Abascal*, pre-

(*) Méjico, 2002, 352 págs.

tende mostrar a los miembros de este grupo familiar como un clan de conservadores a ultranza, cuya acción política y cultural implican un grave peligro para Méjico; y que supondría, si sus ideas llegasen a ser aceptadas por la mayoría de los mejicanos, un regreso a unos tiempos inmemoriales.

Lo primero que sorprende del presente volumen es la falta de rigor histórico a la hora de abordar ciertos hechos relacionados con la vida de Salvador Abascal y de su relación con el Sinarquismo. Esto, tal vez, se pueda comprender si alguien se parase un instante a observar la bibliografía utilizada para la elaboración del primer capítulo y los primeros epígrafes del segundo. En estas primeras páginas se trata del despertar de Salvador Abascal a la vida religiosa y a la vida política; así como su participación en diferentes organizaciones católicas del momento. En este sentido, cabría apuntar, por ejemplo, que pese a utilizar varias monografías sobre la historia de la Iglesia en Méjico, se echa de menos algunos trabajos que sobre este tema existen, tales como los de Carlos Alvear Acevedo (*La historia de la Iglesia en Méjico*, Ed. Jus., 1975) o René Capistrán Garza (*La Iglesia Católica y la Revolución Mejicana*, Atisbos, 1964), los cuales no sólo ofrecen una visión diferente a la que persigue el autor, sino que además hubieran aportado datos importantes de algunos de los personajes que vivieron la persecución y represión religiosa en aquel Méjico dominado por los Obregón, los Calles, los Cárdenas, y demás prohombres del Méjico Insurgente; tal es el caso del segundo de los libros aquí citados y cuyo autor fue presidente de la Asociación Católica de la Juventud Mejicana, alguien que vio morir a muchos de sus compañeros de viaje, primero en la Primera Guerra Cristera, posteriormente víctimas de la persecución que se desencadenó.

Esta ausencia bibliográfica también se plasma a la hora de abordar el movimiento Sinarquista. En este caso el autor se limita a citar tan sólo dos obras: una de ellas es la escrita por Mario Gill (*Sinarquismo. Su origen —su esencia— su misión*). El libro de Gill, seudónimo del periodista Carlos Mario Velasco Gil, es una obra publicada inicialmente por el Comité de Defensa de la Revolución, y repartido por el Comité Regional del todopodero-

so Partido Revolucionario Institucional en el Estado de Michoacán. Gill, de reconocida militancia comunista, trata de presentar a la llamada Unión Nacional Sinarquista como la quinta columna del nazismo en México, utilizando para ello argumentaciones de lo más rocambolescas, pero sin ningún tipo de asentamiento documental. Nuestro autor cita una segunda obra, la de Jean Meyer (*El Sinarquismo. ¿Un fascismo mejicano?*, Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1979); en esta ocasión Meyer, autor de una magnífica obra sobre la gesta cristera, elabora uno de los trabajos más serios que sobre el movimiento sinarca existen, llegando, a pesar de la interrogación, a conclusiones totalmente divergentes a las de Mario Gill. En este caso, sorprende la ausencia de algunos libros, como el de Juan Ignacio Padilla (*Sinarquismo y Contrarrevolución*, Ed. Polis, 1948), sobre todo si se tiene en cuenta que Padilla fue uno de los máximos dirigentes del sinarquismo, ocupando además la presidencia de dicho movimiento entre 1951 y 1955, año en el que entregó la jefatura del mismo a David Lomelí Contreras. Este libro es clave para encontrar una visión diferente del sinarquismo (al menos en relación con algunos hechos relacionados con su evolución) a la mantenida por Abascal, sobre todo en lo que se refiere a la ruptura de este último con la UNS tras su destitución como Jefe Nacional en 1941. El autor tampoco menciona, ni al parecer ha contrastado, las opiniones vertidas en otros estudios realizados por Hugh Campbell, Leonor Ludlow, Servando Ortoll, Kenneth Praeger, Celerino Salmerón, Anne Marie de la Vega Leinert, o Nathan L. Whetten; y ello por no hacer referencia a la novela de Roberto Velázquez Oliveres (*Pedro Sinarquista*), en la que narra la historia de la UNS desde una visión más cercana a los intereses pactistas de la Jerarquía eclesiástica.

Lo más sorprendente de todo es que un libro que gira en torno a la figura de Salvador Abascal no se moleste ni siquiera en consultar lo poco que sobre él pueda existir, tal como es el caso de la entrevista realizada por Guillermo Zermeño y Rubén Aguilar, y publicada en su libro *Hacia una reinterpretación del sinarquismo actual* (Universidad Iberoamericana, México, 1988, págs. 80-109) o el trabajo de Isabel Blanco (*Salvador Abascal. Sinarquista o legionario. Elementos para una biografía política*,

mimeogr., 1988). Lo curioso del tema es que el autor del cual nos estamos ocupando critica a algunas de las obras de Salvador Abascal Infante, o la de su hijo Carlos Abascal Carranza, por el número de libros citados por éstos; nosotros, aquí, más que el número de trabajos consultados, más bien escasos, también criticamos la falta de rigor y la parcialidad demostrada por el autor al hora de elegir la bibliografía utilizada.

Superado los apartados más puramente históricos y biográficos sobre el principal personaje de la familia Abascal, el autor trata de adentrarse en el pensamiento del mismo. Debemos partir por apuntar que la obra escrita de Salvador Abascal Infante es extensísima, ocupando más de veinte volúmenes y centenares de artículos dispersos en varios medios de comunicación, aunque desde 1968 la gran mayoría de estos últimos se han visto reflejados en *La Hoja de Combate*, un pequeño boletín ligado a la Editorial Tradición, que él mismo fundara y dirigiera hasta su muerte. Edgar González comienza esta ardua labor en tratar de clasificar las obras de Abascal tomando en cuenta el contenido de sus libros, para ello diferencia aquellas que tratan un aspecto puramente biográficos de aquellas que abordan temas ideológicos, históricos, sociales o teológicos. El realizar una clasificación de esta índole siempre puede ser criticable, y en este caso más; se echa en falta, por ejemplo, un apartado donde se pudieran situar aquellas obras que versan sobre temas más relacionados con el derecho público, como es el caso de *La Constitución de 1917, destructora de la nación*; por otro lado, también, se podría criticar la ubicación que el autor realiza en relación con algunos de los libros escritos por Abascal, pero esto es lo menos grave que sobre este asunto se podría decir.

Lo realmente sorprendente de este apartado es la metodología seguida por el autor a la hora de abordar el análisis de la obra abascaliana. Uno podría pensar que emprender una tarea de esta naturaleza implicaría un estudio global de la obra a analizar; pero al aparecer, o al menos eso es lo que nos da a entender el tal Edgar González, eso no siempre es estrictamente necesario. El autor, sin ningún tipo de reparos, ha optado por realizar una especie de recopilación de reseñas bibliográficas, colocándolas

una detrás de otra, sin que exista ningún tipo de interrelación entre ellas. Curiosa manera de llevar a cabo un estudio en profundidad sobre polígrafo como Salvador Abascal.

Por otro lado, y entrando en algunas de las consideraciones que el susodicho Edgar pretende realizar, nos encontramos con gran asombro con un Salvador Abascal ajeno a la Iglesia "actual", un personaje que vivía en el pasado, un espécimen intolerante que creía firmemente en la Supremacía del Papa, en la indisolubilidad del matrimonio, en la salvación de las almas, o en la resurrección de la carne. Para el autor creer en estas cosas y defenderlas has sus últimas consecuencias constituye una muestra más de intransigencia conservadora, de la cual Abascal —a su parecer— hacía gala. Claro está que el autor parte de considerar retrógrado, oscurantista, e incluso falso, todo aquello que Abascal defiende; pero no argumenta el por qué de estas consideraciones, tan sólo se limita a dar por válido aquello que la modernidad ha asentado como verdades inmutables o lo que ciertos sacerdotes, e incluso prelados, que de ninguna forma representan la voz de la Iglesia, predicán de forma alegre y un tanto irresponsable.

Las críticas que Edgar González realiza a Salvador Abascal en relación con los aspectos históricos y políticos no se quedan atrás. Pareciera ser que lo progresista y políticamente correcto sería santificar a Benito Juárez, elevar a la condición de mártir a Emiliano Madero, alabar la Revolución Mexicana, o el considerar superlativamente los gobiernos y las políticas del Partido Revolucionario Institucional en los últimos 150 años. Sostener que la colonización española es lo mejor que le podía haber ocurrido a las tierras y pueblos americanos, alabar la obra de Hernán Cortés, justificar al Tribunal del Santo Oficio, ensalzar la figura de Agustín de Iturbide frente a la de Hidalgo y otros prohombres de las guerras de secesión de la América Hispana, defender la libertad religiosa o la lucha de los primeros cristeros, es algo que de por sí descalificaría a todo aquel que osase realizarlo, y Abascal era de esos.

Pero la cosa va más allá, Edgar González, que al parecer debe ser partidario de la libertad sexual, de las relaciones prematrimo-

niales, del aborto o de la píldora del día después (*La sexualidad prohibida. Intolerancia, sexismo y represión*) no entiende, o no quiere entender, la postura contraria. Abascal era contrario a esa libertad sexual que hoy se predica, partidario de mantener la castidad hasta el matrimonio, y una vez realizado éste mantener las relaciones sexuales única y exclusivamente dentro de esta institución y con los fines que el Derecho Canónico marca en relación con este tema, y ponía todo su empeño en luchar contra la pornografía y contra todo aquello que incitase, sin razón alguna, los instintos sexuales de los seres humanos. Todo ello vuelve a parecerle al autor del libro como algo incomprensible; pero, al igual que en ocasiones anteriores, se vuelve a notar la carencia de argumentaciones contrarias, por no hacer hincapié en la falta de respeto que muestra por aquellos que —como Salvador Abascal— mantienen estos valores.

La última parte del libro está dedicada a lo que el autor denomina "*una nueva generación*". Esta parte tiene mucho más de periodística que otra cosa. En los primeros epígrafes se pone de manifiesto, de forma retorcida y torticera, las pugnas habidas entre Juan Bosco, por un lado, y José María, Mauricio y Fernando Abascal Carranza, por otro: el primero de los citados se encargó de continuar la obra de su padre al frente de *La Hoja de Combate*, mientras que el segundo lo hizo al frente de la Editorial Tradición. La polémica fue motivada por la línea editorial que tomó la revista bajo la dirección de Juan Bosco, y con la cual José María Abascal y algunos de sus hermanos se mostraron disconformes, llegando a considerarla como una auténtica traición a la memoria de su padre, dado el tono conciliador que la publicación llegó a tomar en relación con algunos temas. Tras dar por finiquitados estos primeros epígrafes sobre algunos de los hijos de Salvador Abascal Infante, el autor pasa a arremeter contra otros dos hijos de éste: Salvador y Carlos, ambos destacados dirigentes del Partido de Acción Nacional. El primero de ellos ha sido congresista del PAN en varias ocasiones, e incluso precandidato de dicho partido a la Gobernación del Distrito Federal de Méjico; el segundo es el actual Secretario (ministro) de Trabajo. Ambos son considerados por el autor como dos peligrosos elementos de la

ultraderecha infiltrados en el PAN y los cuales no han demostrado que hayan superado las enseñanzas recibidas por su padre en la intransigencia y en la intolerancia. Ridiculiza a Carlos Abascal, por ejemplo, por recomendar a los sindicatos que se encomendasen a la Virgen de Guadalupe, por reivindicar y alabar el papel de la mujer en el interior de la familia, o por solicitar la suspensión de una maestra que había recomendado a su hija la lectura de un libro que él consideraba que atentaba contra la moral en la que intentaba educar a ésta. El autor aprovecha esta circunstancia para incluir una carta que esta joven envió a una publicación intitulada *Reforma* y en la que sale como valedora de su padre; es la "cuarta generación", manipulada —sin duda alguna— desde su más tierna infancia por las mentes malvadas de sus progenitores que impiden a sus hijos ser educados en esa pretendida libertad que un Estado laico y ateo ha tratado de imponer desde hace años a millones de mejicanos.

No obstante, y pese a lo mencionado hasta aquí, el libro comienza afirmando que "los Abascal... han encarnado cualidades humanas y virtudes ciudadanas admirables como el amor al estudio y el trabajo, la honestidad y la integridad, el idealismo y la lealtad auténtica a doctrinas e instituciones", asegurando, además, algunas líneas más adelante, que Salvador Abascal fue un "hombre honesto a la par que apasionado y sincero". Estas puede que sean las únicas verdades, las únicas opiniones sensatas y serias que el autor plasma a lo largo de las cerca de 350 páginas; pero tal vez por eso mismo el autor las embarra al quejarse de cómo se ha perdido tanto intelecto en la defensa de causas tan malas como las defendidas por los Abascal, sin darse cuenta que precisamente esas causas son las que han hecho grandes y dignos de elogio, pese a sus posibles debilidades humanas, a los componentes de esa gran familia mejicana.

JOSÉ DÍAZ NIEVA